

rogério haesbaert

VIVIR EN EL MARGEN

**Territorio y multi/transterritorialidad
en tiempos de in-seguridad y contención**

 **siglo veintiuno**
editores

ÍNDICE

CONSIDERACIONES INICIALES

I. TERRITORIO Y MULTITERRITORIALIDAD ENTRE LOS CONCEPTOS DE GEOGRAFÍA

1. POR UNA CONSTELACIÓN GEOGRÁFICA DE CONCEPTOS
Concepto y problemática vivida; Una constelación de conceptos; La importancia de los conceptos y el combate contra su fetichización

2. TERRITORIO Y MULTITERRITORIALIDAD EN CUESTIÓN
Territorio(s) y territorialidad(es); Múltiples territorios; Multiterritorialidad; (No) concluyendo: implicaciones políticas del concepto

3. SENTIDO GLOBAL DE LUGAR Y MULTITERRITORIALIDAD

4. LÓGICA TERRITORIAL ZONAL: LÍMITES Y POTENCIALIDADES

Algunos elementos conceptuales; Límites de la lógica zonal en la acción política hegemónica; Contradicciones y potencialidades de la lógica zonal en las estrategias territoriales subalternas; La lógica zonal y sus consecuencias

5. EL TERRITORIO Y LA NUEVA DES-TERRITORIALIZACIÓN DEL ESTADO

Territorio y poder político: de la territorialización a la desterritorialización del Estado; El “nuevo” papel

reterritorializador del Estado

II. BIOPOLÍTICA, IN-SEGURIDAD Y CONTENCIÓN TERRITORIAL

6. SOCIEDADES BIOPOLÍTICAS DE IN-SEGURIDAD Y DES-CONTROL DE LOS TERRITORIOS

El “problema del espacio” en Foucault: de las sociedades disciplinarias a las sociedades biopolíticas o de seguridad; “Medio” y red, seguridad y go(b)ern(amient)o de la “población”; Sociedades de in-seguridad, bio-tanatopolítica y *nuda vida*

7. PRECARIZACIÓN, RECLUSIÓN Y EXCLUSIÓN TERRITORIAL

Precarización territorial; Reclusión territorial; Exclusión territorial; Palabras finales

8. CONTENCIÓN TERRITORIAL: “CAMPOS” Y NUEVOS MUROS

El des-control y la contención de los territorios de excepción o “campos”; Contención territorial y nuevos muros

9. CIUDAD VIGILADA, CIUDAD IN-MOVILIZADA: RÍO DE JANEIRO, DEL *BIG BROTHER* A LOS NUEVOS MUROS

“Big brother” carioca: centros de control y monitoreo de geografía bruta; Estrategias de restricción de la circulación y de contención territorial; *Contención territorial permanente: muros-ductos y muros-represa; Contención territorial temporaria: las limitaciones eventuales a la circulación; Contención simbólica; Consideraciones finales*

10. VIVIR EN EL LÍMITE: DE LA TRANSTERRITORIALIDAD AL CONTORNAMIENTO

Breves consideraciones sobre movilidad y frontera para entender la transterritorialidad; Tránsito entre territorios: migración y transterritorialidad; Dinámicas de contornamiento y resistencia

BIBLIOGRAFÍA

economía
y
demografía

traductores

lucia gina aichino, emanuel ávila,
lisandro barrionuevo, carolina cisterna,
santiago llorens, lucas palladino,
carla pedrazzani y carolina ricci

revisión de la traducción

marcelo canossa

VIVIR EN EL LÍMITE

Territorio y multi/transterritorialidad
en tiempos de in-seguridad y contención

por

ROGÉRIO HAESBAERT

 **siglo veintiuno**
editores

siglo xxi editores

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO

www.sigloxxieditores.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA

www.anthropos-editorial.com

Catalogación en la publicación

Nombres: Haesbaert, Rogério, autor | Gina Aichino, Lucia, traductor. | Ávila, Emanuel, traductor. | Barrionuevo, Lisandro, traductor. | Cisterna, Carolina, traductor. | Llorens, Santiago, traductor. | Palladino, Lucas, traductor. | Pedrazzani, Carla, traductor. | Ricci, Carolina, traductor.

Título: Vivir en el límite : territorio y multi-transterritorialidad en tiempos de inseguridad y contención / por Rogério Haesbaert ; traductores Lucia Gina Aichino, Emanuel Ávila, Lisandro Barrionuevo, Carolina Cisterna, Santiago Llorens, Lucas Palladino, Carla Pedrazzani, Carolina Ricci y Marcelo Canossa.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Siglo XXI Editores, 2021. | Colección: Economía y demografía.

Traducción: *Viver no limite : território e multi/transterritorialidade em tempos de in-segurança e contenção.*

Identificadores: isbn 978-607-03-1122-2; isbn-e 978-607-03-1123-9

Temas: Territorialidad humana | Geografía humana | Límites - Aspectos sociales

Clasificación: LCC GN491.7 H3418 2020 | DDC 304.23.

primera edición, 2021

© siglo xxi editores, s. a de c. v.

primera edición en portugués, 2014

© editora bertrand brasil

título original: *viver no limite. território e multi/transterritorialidade em tempos de in-segurança e contenção*

isbn 978-607-03-1122-2
isbn-e 978-607-03-1123-9

derechos reservados conforme a la ley.
prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio

Para Carlos Walter y Valter:

*Por la inteligencia inspiradora,
el compromiso político y la cariñosa amistad.*

*Un agradecimiento especial a los compañeros(as) geógrafos(as)
de Córdoba, Argentina, por el intenso y generoso trabajo de traducción,
y a los amigos Marcelo Canossa, por la cuidadosa revisión final,
y Perla Zusman, por la pronta resolución de algunas dudas.*

me gustaría que, tal como la pintura, la música y el teatro, las teorías y los saberes históricos superaran las formas tradicionales e impregnaran en profundidad la vida cotidiana. Y me gustaría proceder de manera que las personas puedan utilizarlos y emplearlos libremente para su placer, para las necesidades de su vida, para regular los problemas con los cuales se enfrentan y para sus luchas (Foucault, (2011) (1976): 66-67).

CONSIDERACIONES INICIALES

...donde nosotros estamos -el lugar que ocupamos [...] - todo se relaciona con quien somos (y, en fin, lo que nosotros somos). Estar en el mundo, estar situado, es estar en un lugar. (Casey, 1993, xiii, xv, cursivas del autor)

El debate sobre el espacio, el territorio y otros conceptos geográficos gana relevancia en los últimos decenios, sobre todo en el marco del llamado “giro” espacial (*spatial turn*) de las Ciencias Sociales, especialmente en las de origen anglosajón. Corrientes influenciadas por los llamados Estudios Culturales, como la de matriz pos o des-colonial pasaron a considerar a la propia contextualización geográfica e histórica como aquella que define nuestros modos de pensar el mundo y de hacer teoría.

La lectura espacial o geográfica viene a unirse a otras lecturas que, desde diferentes perspectivas teóricas, intentan explicar las consecuencias de los cambios contemporáneos a partir de sus diversas “crisis” o “reestructuraciones” -incluyendo, a nivel económico, la “crisis del trabajo” y la reestructuración productiva, en el ámbito del poder, la llamada crisis del Estado nación, y la crisis identitaria, en sus más diversas manifestaciones-. En medio de toda esta ebullición social nos cabe indagar: ¿por qué se le da un cierto privilegio al espacio si hasta entonces estuvo bastante descuidado?

Entre los grandes pensadores de la segunda mitad del siglo xx uno de los que tuvo mayor sensibilidad para las cuestiones espaciales fue, sin duda, Michel Foucault, al que siempre se recuerda cuando se habla de ese cambio de una

perspectiva predominantemente temporal hacia una perspectiva espacial de la sociedad. Para Foucault, en una afirmación reiterada por muchos autores, a lo largo del siglo xx -y podemos agregar que, especialmente en su segunda mitad-, la preocupación con el espacio pasó a suplantar a aquella, hace mucho dominante, que colocaba al tiempo como el centro y muchas veces como la propia razón de ser del debate filosófico; y de forma más implícita, como la dimensión dominante dentro de los estudios sobre la sociedad. Según él, hemos pasado de la “gran obsesión” por la historia, en siglo xix, hacia una época que “tal vez sea la época del espacio”. La emergencia del espacio con tanta fuerza se daría porque estaríamos viviendo ahora en la “época de la simultaneidad”, de la “yuxtaposición” -de lo cercano y de lo lejano, del lado a lado, de lo disperso” (Foucault, 1986:22)-.

En las palabras de Edward Said:

La visión que tenía Foucault de las cosas [...] era espacial, lo que torna un poco más fácil entender su predilección por el análisis de espacios, territorios, esferas y sitios discontinuos pero reales -bibliotecas, escuelas, hospitales, prisiones- en vez de una tendencia a hablar principalmente de continuidades, temporalidades y ausencias, como se esperaría de un historiador (Said, 2003[2001]:94).

Desde una visión más simplista el espacio era visto como fijo, estático, destituido de movimiento, dominio implícito de lo conservador y de lo reaccionario, traba al “progreso” y responsable por la “desaceleración de la historia”, como indicaba el primer Fernand Braudel en su “tiempo de larga duración” en tanto “tiempo geográfico” (Braudel, 1983 [1946]). Algunos asociarán esa visión más estática con la lectura probablemente más difundida del espacio que hace sólo alusión a un espacio absoluto, muy diferente de los abordajes denominados relativo y relacional, discutidos por autores como David Harvey (1980, 2012) y Doreen Massey (2005).

Algunas evidencias justifican esa mirada, a veces incluso sobreestimada, sobre la dimensión espacial de la sociedad.

Por ejemplo, el descreimiento en los “valores temporales” como el de progreso histórico y el desarrollo acumulativo, con toda la crisis de la racionalidad instrumental moderna y de su pretendido dominio irrestricto sobre la dinámica de la naturaleza. Todo eso hizo que abordáramos con otra mirada el espacio que nos rodea, aun cuando esto se haya dado inicialmente más bien a partir de la óptica ambiental o ecológica. El dominio de la simultaneidad y de la yuxtaposición, propuestos por Foucault, fue también una consecuencia del nuevo modelo tecnológico, informacional, que pasó a marcar nuestro tiempo.

Podríamos creer que, concomitantemente y de forma paradójica, vivenciamos la “aniquilación del espacio [en tanto simple distancia física] por parte del tiempo”, como ya lo preveía Marx, y la “aniquilación del tiempo” [en tanto distancia-duración] transformado en “tiempo real”, instantáneo, tiempo “de hecho” por estar materializado en el espacio presente, que rige, de esta forma, un cierto “imperio del presente”, de las coexistencias y de lo “distante que se volvió cercano” por la instantaneidad de los contactos virtuales. Sin embargo, ese mismo dominio de la telemática y de los contactos instantáneos llevó a la emergencia de un creciente mundo o espacio “virtual” (en otras palabras, un ciberespacio) donde la materialidad –o, si quisiéramos, desde una visión simplificada, la espacialidad concreta– no tendría más el peso que tuvo hasta aquí. ¿Cómo entender semejantes paradojas en una época en que se llegó a defender tanto el “fin de la historia” (Fukuyama, 1992) como el “fin de la geografía” (Virilio, 1997)?

Obviamente, y ya estamos más que convencidos de esto, el mundo no se “desmaterializa” –o, en un sentido simplista de territorio (como sinónimo de espacio material), no se desterritorializa– ni el tiempo histórico está dejando de ser (re)configurado en su multiplicidad de ritmos y velocidades. Si quedaba alguna duda, desapareció a partir del megaataque del 2001 a las Torres Gemelas de Nueva York, uno de

los principales referentes a la vez materiales y simbólicos del capitalismo globalizado, de la preservación (e incluso del fortalecimiento) del poder estratégico vinculado a las principales fuentes de energía (véase, por ejemplo, el gas y el petróleo ruso en relación con la Unión Europea) y de la emergencia de las cuestiones ecológicas de gran amplitud, como el calentamiento global.

Lo que ocurre es que tenemos una nueva realidad al mismo tiempo altamente tecnificada/informatizada y dependiente de redes materiales de alimentación/energía (que se agota). Dentro de ese nuevo contexto, la relación espacio-tiempo, la realización espacio-temporal de la sociedad, se torna más compleja, marcada por múltiples formas de organización territorial y, por lo tanto, por una intensificación de aquello que denominamos multiterritorialidad (Haesbaert, 2004)

De algún modo, es ésta la problemática central que encara este libro: la multiplicidad contemporánea de tiempo-espacios, movilidades y fijaciones, aperturas y cerramientos territoriales, y que refuerzan prácticas vinculadas a una percepción de creciente incerteza e inseguridad, una especie de “vida en el límite” o “en las fronteras”. Como argumentó Prigogine (1996), en tanto “la ciencia clásica privilegiaba el orden, la estabilidad”, “en todos los niveles de observación reconocemos ahora el papel primordial de las fluctuaciones y de la inestabilidad”, las cuales aparecen asociadas a las nociones de “opciones múltiples” y “horizontes de previsibilidad limitada” (p. 12). Así, “las leyes fundamentales expresan ahora posibilidades, ya no más certezas” (p. 13). Sin embargo, Prigogine también afirma que eso no significa pensar sólo en términos de incertidumbre y azar.

El azar puro es tanto una negación de la realidad y de nuestra exigencia de comprender el mundo como lo es el determinismo. Lo que buscamos construir es un camino estrecho entre esas dos concepciones que llevan igualmente a la alienación, la de un mundo regido por leyes que no dejan ningún lugar para la

novedad y la de un mundo absurdo, a-causal, donde nada puede ser previsto ni descrito en términos generales (Prigogine, 1996:198).

Es importante recordar que este libro fue construido a partir de una amplia revisión y reestructuración de diversos artículos, algunos publicados anteriormente. Al reunir la mayor parte de nuestra producción de los últimos diez años percibimos la posibilidad clara de una articulación entre diversos artículos y capítulos de libros que, aunque no deliberadamente, constituirían una línea de reflexiones coherente y con lineamientos teóricos suficientemente concatenados para que, una vez reescritos, se transformen en un trabajo de mayor consistencia.

El libro comienza con una primera parte de carácter más explícitamente conceptual, poniendo el foco en el territorio, entre los demás conceptos trabajados por la Geografía: territorio (y multiterritorialidad), que es el principal concepto retomado y desarrollado en la segunda parte del libro. Comenzamos por una discusión amplia sobre la posibilidad de una “constelación” o familia de conceptos, lo que dio como resultado la propuesta de un tejido conceptual en la cual se sitúan relacionadamente los principales conceptos trabajados por la Geografía, y que interesan actualmente a las más diversas áreas de las Ciencias Sociales. A continuación, introducimos el debate, a ser retomado en la secuencia de artículos sobre el territorio y la multiterritorialidad, que también son analizados en el capítulo siguiente en relación con el concepto de lugar, desde la perspectiva de la Geografía anglosajona, a través de un diálogo con el trabajo de la geógrafa Doreen Massey, con quien desarrollamos una intensa interlocución a partir de su supervisión de nuestro posdoctorado. La discusión conceptual más amplia se completa con el abordaje de la relevancia, cuestionada por algunos, de la lógica zonal o de áreas en el tratamiento del territorio y el nuevo papel

desterritorializador del Estado, uno de los principales articuladores de esa lógica zonal de control.

En un segundo bloque de capítulos analizamos los procesos de des-territorialización a partir de la perspectiva de la (in)seguridad y de la biopolítica que marcan a la sociedad contemporánea. Comenzamos por un debate más amplio sobre las actuales sociedades de in-seguridad, definidas a partir de los mecanismos biopolíticos identificados por Foucault. Según nuestro punto de vista, de este contexto emergen dinámicas de territorialización específicas que, además de la simple precarización y reclusión territorial, implican lo que denominamos contención y exclusión territorial -bastante evidentes en el caso de una megalópolis como Río de Janeiro, analizada en tanto ciudad vigilada e “in-movilizada” pero, a la vez, “contornada” por las formas con que la población reacciona a esos dispositivos de control-. Cierra este libro una reflexión específica sobre estas formas de lo que denomino “contornamiento” y transterritorialidad, quedando abierta para desarrollos futuros.

Me gustaría agradecer al CNPq (el Consejo Nacional de Investigaciones de Brasil) por la beca de investigación que me permitió la realización de este trabajo. Agradezco también a todos los compañeros que, a través de seminarios, congresos, conferencias o simples conversaciones informales, colaboraron en la construcción de estas ideas. Un agradecimiento especial a aquellos que, a lo largo de la construcción de estos textos, entre alumnos de graduación, maestrandos, doctorandos, posdoctorandos y colegas docentes, participaron de nuestro grupo de debates vinculados al nureg (Núcleo de Estudios sobre Regionalización y Globalización). Sus contribuciones fueron fundamentales. Contamos nuevamente con ellos y con otros colegas para la lectura-acción crítica, que es la única razón de ser del texto: servir como instrumento para nuevos debates intelectuales y, sobre todo, como herramienta para

nuevas prácticas que lo reevalúen a partir de su apropiación concreta en acciones políticas efectivamente transformadoras.

I. TERRITORIO Y MULTITERRITORIALIDAD ENTRE LOS CONCEPTOS DE LA GEOGRAFÍA

1. POR UNA CONSTELACIÓN GEOGRÁFICA DE CONCEPTOS¹

Formar conceptos es una manera de vivir, y no de matar la vida: es una manera de vivir en una relativa movilidad y no una tentativa de inmovilizar la vida; es mostrar, entre esos millares de seres vivos que informan su medio y se informan a partir de él, una innovación que se podría juzgar como se quiera, ínfima o considerable: un tipo muy particular de información (Foucault, 2000:363-364)

...A pesar de fechados, firmados y bautizados, los conceptos tienen su manera de no morir; y además, son sometidos a exigencias de renovación, de substitución, de mutación que dan a la filosofía una historia y también una geografía agitada [...] (Deleuze e Guattari, 1992:17).

Nuestro objetivo en este primer capítulo es discutir, aunque de forma introductoria, la importancia de los conceptos ligados al análisis espacial y elaborar una propuesta preliminar de “constelación de conceptos” en Geografía, inspirado, entre otros autores, en las proposiciones de Gilles Deleuze y Felix Guattari, especialmente en su libro *Qué es la filosofía* (1992 [1991]). Podría cuestionarse esta inspiración por el hecho de que los autores se refieren a la construcción de conceptos en el ámbito propio de la Filosofía. Llegan a proponer que lo que define a la Filosofía es la construcción de conceptos “la filosofía es el arte de formar, inventar, de fabricar conceptos” (p. 10), “la filosofía, rigurosamente, es la disciplina que consiste en *crear* conceptos” (p. 13).

Si la Filosofía debe su existencia como disciplina a la creación de conceptos, siendo el filósofo un “concepto en potencia” (p. 13) y, si la ciencia no tiene los conceptos como

objeto, sino como funciones (“fonctifs”), ¿cómo la Geografía, considerada una “ciencia social” (por algunos geógrafos desde al menos el decenio de 1930), también podría crear conceptos?

En primer lugar, es muy discutible definir hoy a la Geografía simplemente como una ciencia social, dada la importancia (re)adquirida por las relaciones sociedad-naturaleza en el núcleo de sus problemáticas y por los propios debates contemporáneos sobre la definición del espacio geográfico que demandan la consideración de su dimensión natural.

En segundo lugar, en este caso, no seremos tan fieles a Deleuze y Guattari y admitiremos, como la mayoría de los autores, que la ciencia vive también de los conceptos, aunque los conceptos sean de otra naturaleza (reconociendo, como lo hacen aquellos autores, que hay una “diferencia de naturaleza” entre los objetos de la filosofía y los de la ciencia), pero que no se resumen a una “lógica ordinaria”, “tradicional” o representacional del concepto (usando los términos de Patton, 2013 [2000], en su relectura de Deleuze).

A propósito de esto, cabe destacar que Deleuze y Guattari no realizan una distinción entre ciencias exactas y naturales y ciencias humanas o sociales. Patton, a su vez, al discutir a Deleuze, hace uso de ejemplificaciones de conceptos en el campo de las ciencias sociales (específicamente, ciencia política) para exponer la posición deleuzeana. De ese modo, consideramos que es plenamente justificable hablar aquí de conceptos en Geografía incluso tomando como inspiración varias argumentaciones realizadas por Deleuze y Guattari para el área más específica de la Filosofía.

Nuestro debate comienza por la problematización del concepto, o como prefieren algunos, de la *categoría* central de la Geografía, el espacio, elaborando a continuación una propuesta introductoria de “constelación” (como dirían

Deleuze y Guattari) dentro de la cual se sitúan los principales conceptos trabajados por la Geografía (y que serán objeto de desarrollos en el futuro). Es importante destacar que nuestro enfoque se construirá a partir de la realidad geográfica en la que estamos insertos, es decir, de las cuestiones relevadas en nuestro contexto latinoamericano (especialmente aquellas que están referidas al concepto de territorio, serán explicitadas a partir del próximo capítulo).

Comencemos, entonces, por una breve discusión sobre el significado de “categoría”. En el sentido común, categoría significa simplemente un conjunto de especies del mismo género -esto es, que componen así una misma “categoría”, o sea, son especies reunidas a partir de un determinado nivel de generalización. Desde la Filosofía, sabemos que el origen del debate se encuentra en Aristóteles cuando define las diferentes clases de predicados del ser, que identifica de esta forma: sustancia, cantidad, calidad, relación, lugar, tiempo, situación, acción, pasión y posesión o hábito. Obviamente, de éstas nos interesan más de cerca “lugar”, “tiempo” y “situación”, pues adquieren una clara connotación histórica y geográfica. En Aristóteles, espacio es identificado como lugar y éste es considerado “el límite adyacente del cuerpo que lo contiene, considerando que este cuerpo no esté en movimiento” (Jammer, 1993:54). Como focalizaremos críticamente más adelante, se establece allí una interpretación problemática de espacio/lugar inmersa en lo inmóvil, en lo fijo, en la ausencia de movimiento.

Ya en la Edad Media, “categoría” adquiere la condición de “géneros supremos de las cosas” o el más elevado género de cosas del mundo. El *Diccionario Cambridge de Filosofía* afirma que “mente” o espíritu y “materia” en Descartes forman parte de esta categorización filosófica más amplia. A su vez, Kant definirá categorías como “conceptos del entendimiento puro” o “conceptos fundamentales a priori

del conocimiento”, mediante los cuales se hace posible el conocimiento de la realidad fenoménica.² Otro kantiano, el filósofo francés Renouvier, propondrá dos categorías fundamentales: tiempo y espacio, como “leyes primeras e irreductibles del conocimiento, leyes fundamentales que le determinan la forma y le rigen el movimiento” (Lalande, 1993:141-142).

Aunque en otras ocasiones nuestra definición de categoría haya sido más amplia, pudiendo incluir formas distintas de abordar un concepto (cuando por ejemplo, hablamos de un concepto como “categoría de análisis” y “categoría de la práctica”³), en este capítulo enfatizaremos la idea más estricta de categoría como una especie de concepto más amplio o general, un poco (pasando por alto el sesgo idealista) como en la posición kantiana aludida anteriormente. En ese sentido, en Geografía podemos proponer “espacio” como categoría, nuestro concepto más general y que se impone frente a los demás conceptos: región, territorio, lugar, paisaje... Éstos compondrían así una “constelación” o “familia” (como prefería Milton Santos) geográfica de conceptos.

En una lectura metafórica muy simple, pero didáctica, esa constelación estaría compuesta por una especie de conjunto de planetas girando en torno a una estrella, cuya luz sería el espacio, en que cada astro-concepto sólo existe en la medida que compone el mismo sistema (abierto), debiendo su movimiento (“traslación”) y su potencial de esclarecimiento (su “luz” o capacidad de iluminación) a la relación que mantiene con la categoría central, el espacio. Cada concepto, en sí mismo, a través de una nueva proyección de esa luz, iluminaría también otras derivaciones conceptuales o elementos que girarían en función de él, sus “satélites”.

Como bien sabemos, en el sentido más amplio, espacio tiene por lo menos dos grandes formas de tratamiento:

como espacio absoluto y como espacio relativo. En el primer caso, absoluto significa “independiente”, que no depende de otros, de la existencia de objetos o, en su extremo, independiente de la existencia de la propia materialidad, considerada finita frente al carácter infinito del espacio. Así, en una visión idealista de espacio absoluto, el espacio tendría una existencia independiente de la materia, sirviendo como referente a priori a partir del cual intervenimos en el mundo empírico. Generalmente, esta concepción de espacio está asociada a los filósofos Immanuel Kant e Isaac Newton.

Newton reconocía la existencia tanto del espacio absoluto como del relativo; pero éste estaba subordinado al primero, considerado la realidad (“absoluta”) más allá de las apariencias, éstas relacionadas, pues, al espacio relativo. Según Casey (1998), Newton consideraba el espacio absoluto como inmóvil, contrapuesto a la movilidad, sin relación con algo exterior (por ejemplo, simple localización), no necesitando un sistema adicional de referencia e inteligible (por contraposición a “sensible”).

El espacio relativo, que muchos asocian a la figura del filósofo Leibniz, implica valorizar la relación *entre* los objetos, por lo tanto, su movimiento. David Harvey sintetizó de forma más didáctica esa distinción, añadiendo su propia versión de lo que denominó “espacio relacional”, un espacio considerado no sólo como relación *entre* objetos, sino también como relaciones *contenidas* en los propios objetos, inherentes a ellos. Él dice:

Si tomamos el espacio como absoluto, éste se torna una cosa en sí misma con una existencia independiente de la materia. Posee, pues, una estructura que podemos utilizar para clasificar o para individualizar fenómenos. La caracterización de un espacio relativo propone que éste debe ser entendido como una relación entre objetos, la cual existe solamente porque los objetos existen y se relacionan. Hay otra acepción según la cual el espacio puede ser tomado como relativo, y propongo llamarlo espacio relacional, espacio tomado, a la manera de Leibniz, como si estuviera contenido en objetos, en el sentido de que un objeto existe solamente en la medida en que contiene y representa

dentro sí mismo las relaciones con otros objetos (Harvey, 1980:4-5, cursivas del autor).

Queda claro, entonces, que el espacio en tanto categoría puede asumir la condición de espacio absoluto, relativo o relacional. El propio Harvey (2012 [2006]), insistió en afirmar que no se trata de excluir una condición en relación con la otra, sino de mostrar su interacción. Él propone incluso un cuadro-síntesis abordando esas tres concepciones, vinculadas con las proposiciones de Henri Lefebvre de espacio percibido (las “prácticas espaciales”), concebido (las representaciones del espacio: conocimientos, signos, códigos concebidos por científicos, urbanistas, tecnócratas) y vivido (espacios de representación, de “simbolismos complejos”, de usuarios, artistas, escritores).

Un concepto, nunca está de más recordar, no es únicamente una “representación” de lo real, y menos todavía en el sentido más simple (empirista-positivista) de reconocimiento y fijación de significado, plena “revelación” de un real que él conseguirá traducir “en su esencia”. Un concepto no sería tampoco, en el extremo opuesto, únicamente una idealidad que cabría imponer sobre la realidad concreta, en un idealismo de objetividad al revés, donde la “verdad” estaría más en el campo conceptual o de los “modelos” teóricos (como en algunas proposiciones de la Geografía neopositivista) que en lo real efectivo. Aún reconociendo su carácter abstracto, el concepto no es simple reflejo o espejo, ni una pura idealización a priori y “correcta”.

En otras palabras, el concepto, a lo largo de la historia de su filiación teórico-filosófica, se extiende en el interior de un amplio *continuum* que va desde la posición estrictamente empirista y realista de algunos que lo consideran como un retrato fiel de la “realidad” y que, al ser enunciado, parece cargar consigo el propio “real” (lo que puede incluir también lo “concreto pensado” de muchos materialistas), hasta, en

el otro extremo, la posición racionalista y/o idealista en la que el concepto no es más que un producto de nuestro pensamiento, “verdad” instaurada ahora únicamente en el “espejo reflexivo” de nuestra mente, y que no tiene otra fuente de elaboración sino la construcción teórica del investigador. Allí, en algunos casos, en un sesgo más estrictamente metodológico, el concepto puede no ser otra cosa que un instrumento o técnica, un “operador” que no tiene otro compromiso sino el de servir al investigador en cuanto instrumento de análisis.

En la Geografía, posiciones como éstas aparecen muy claramente, por ejemplo, con relación a uno de nuestros conceptos centrales, el de región (que será retomado más adelante). Es bien conocido el contrapunto entre la visión de “un cierto” Vidal de La Blache, más empirista objetivo, cuya “región-personaje” aparecía inscrita en la propia morfología del paisaje,⁴ y un Hartshorne más racionalista,⁵ para quien “una ‘región’ es un área de localización específica, de cierto modo distinta de otras áreas, extendiéndose hasta donde alcance esa distinción. La *naturaleza de la distinción* está determinada por el investigador que emplea el término” (Hartshorne, 1978:138, cursivas del autor).

Hartshorne fue después “radicalizado” por posturas neopositivistas que veían la región como simple clase de área, en una analogía entre regionalización y clasificación de espacios, totalmente variables, por lo tanto, según el criterio adoptado por el investigador. En este último caso, más allá de la pretendida visión idealista objetiva, defendida por muchos, se trata al final de cuentas de una posición muy subjetiva, pues restringe el valor del concepto al propio universo del sujeto investigador.⁶

Muchas veces afirmamos que el concepto “re-presenta” -y, por eso, ya nace con una carga de novedad- o en otras palabras, justamente para hacerla comprensible, “condensa” o sintetiza una realidad. No obstante, al mismo tiempo que intenta expresar o condensar un fenómeno, de alguna forma, aunque implícita, justamente por no confundirse nunca con un fenómeno o problema, también ayuda a (re)crearlo, al proponerlo desde nuevas bases.

El conocimiento permitido por el concepto no se opone a la vida: como recuerda Deleuze, pensar significa descubrir, inventar nuevas posibilidades de vida. Analizando la obra de G. Canguilhem, Foucault comenta que éste quiere reencontrar “lo que terminó haciéndose del concepto *en la vida*”, esto es:

del concepto en tanto éste es uno de los modos por medio del cual un ser vivo extrae información de su medio e, inversamente, lo estructura. Que el hombre viva en un medio conceptualmente construido no prueba que se haya desviado de la vida por algún olvido o que un drama histórico lo haya separado de ella, sino solamente que vive de una manera determinada, que no tiene sobre el punto de vista fijo sobre su medio, que se mueve sobre un territorio indefinido o ampliamente definido, que se desplaza para recoger información, que mueve unas cosas en relación con otras, para volverlas útiles. Formar conceptos es una manera de vivir y no de matar la vida; un modo de vivir en una relativa movilidad y no un intento de inmovilizar la vida; un modo de manifestar, entre los miles de millones de seres vivos que brindan información acerca de su medio y se informan a partir de él, una innovación, ínfima o considerable, según como se la juzgue: un tipo muy particular de información (Foucault, 2000:363-364).

Foucault enaltece a Canguilhem como el “filósofo del error”, pues “en el límite, la vida -de ahí su carácter radical- es lo que es capaz de error”, el hombre como “un ser vivo que nunca se encuentra completamente adaptado”, “condenado a ‘errar’ y a ‘equivocarse’”. De allí, entonces, admitiendo “que el concepto es la respuesta que la vida misma le da a ese azar es necesario convenir que el error es la raíz de lo que constituye el pensamiento humano y su historia” (Foucault, 2000:364). Así:

La oposición de lo verdadero y lo falso, los valores que uno le presta al otro, los efectos de poder asociados a esta división por parte de diferentes sociedades e instituciones, tal vez no sean sino la respuesta tardía a esta posibilidad de error intrínseca a la vida. Si la historia de la ciencia es discontinua, es decir, si sólo puede ser analizada como una serie de “correcciones”, como una nueva distribución que nunca libera, finalmente y para siempre, el momento terminal de la verdad, es que aún allí el “error” constituye no el olvido o el atraso de la realización prometida, sino la dimensión peculiar de la vida de los hombres e indispensable al tiempo de la especie (Foucault, 2000:365).

Si el error es esa “dimensión peculiar de la vida de los hombres”, la problematización es tan importante como la búsqueda de respuestas o soluciones, ya que éstas pueden constituir el replanteo de un problema sobre nuevas bases. Antes del concepto, por lo tanto, tenemos la vida y sus problemáticas. Montaigne (2001) ya alertaba que antes de preguntar “¿cómo es que eso ocurre?” tenemos que indagarnos “¿pero [efectivamente] ocurre?” Cada concepto parte de una cuestión particular y, al problematizar lo real, de cierta forma desestabiliza conocimientos heredados, frente de la permanente transformación en que estamos inmersos.

Milton Santos dirá que los conceptos son preguntas hechas a la realidad. La cuestión misma entre verdadero y falso, según Deleuze (1999), debe ser planteada no sólo a la solución sino también al problema: un “verdadero” problema, un problema bien planteado, ya constituye, de algún modo, su solución. Él denomina “preconcepto social” al hecho de plantear problemas sólo esperando que encontremos su solución.

el profesor es quien “da” los problemas, cabiéndole al alumno la tarea de descubrirles la solución. De este modo, se nos mantiene en una especie de esclavitud. La verdadera libertad está en un poder de decisión, de constitución de los propios problemas: ese poder, “semidivino”, implica tanto el desvanecimiento de los falsos problemas como el surgimiento creador de los verdaderos (Deleuze, 1999:9).

Deleuze dice también, comentando a Foucault, que “la verdad es inseparable del proceso que la establece”, y lo

“verdadero sólo se da al saber a través de las “problematizaciones” y que las problemáticas sólo se crean a partir de las “prácticas, prácticas de ver y prácticas de decir”, con una disyunción entre el ver y el hablar, lo visible y lo enunciable (Deleuze, 1998:72-73).

El geógrafo Claude Raffestin, en las “Notas Previas” de su *Por una Geografía del Poder*, afirma que “habríamos deseado más libros que cuestionaran que libros que respondieran. Es gracias al cuestionamiento y no a las respuestas que se alcanza la medida del conocimiento” (1993:8). Bergson, a su vez, defendía que un problema bien planteado de algún modo ya estaría prácticamente resuelto: “planteamiento y solución del problema están casi equivaliéndose: los verdaderos grandes problemas son planteados solo cuando se resuelven” (Bergson, citado en Deleuze, 1999:9). Deleuze aquí recuerda también de Marx, en su célebre frase de que “la humanidad se plantea sólo los problemas que es capaz de resolver”. Y añade:

es la solución lo que cuenta, pero el problema tiene siempre la solución que merece en función de la manera como fue planteado, de las condiciones en que fue determinado como problema, de los medios y de los términos de que se dispone para plantearlo. En ese sentido, la historia de los hombres, tanto desde el punto de vista de la teoría como de la práctica, es la que da la constitución de los problemas (Deleuze, 1999:9).

Es claro que esa “constitución de los problemas” está situada geo-históricamente, pues cada momento de la historia en cada espacio geográfico (re)plantea sus propios problemas. Toda proposición conceptual, por lo tanto profundamente mutable, está siempre contextualizada geográfica e históricamente a través de los sujetos específicos que la movilizan y que “le dan vida”. Como indican Deleuze y Guattari en la cita con la que abrimos este capítulo, los conceptos deben ser constantemente reevaluados, transformados y, cuando son utilizados, se debe determinar claramente su “paternidad”, reconociéndose no sólo a lo(s) autor(es) que lo

formuló(aron) sino también el contexto geo-histórico del cual y para el cual fueron elaborados.

Los autores se remiten a Grecia y se refieren a una geo-historia en los moldes braudelianos para comprender un fenómeno como el nacimiento de la Filosofía. Así proponen:

La filosofía es una geo-filosofía, exactamente como la historia es una geo-historia, desde el punto de vista de Braudel (p. 125) [...] Si la filosofía aparece en Grecia, es en función de una contingencia más que de una necesidad, de un ambiente o de un medio más que de un origen, [...] de una geografía más que de una historiografía [...] (Deleuze y Guattari, 1992:126).

Para Patton, a su vez,

los conceptos tienen una historia, que puede incluir su historia como componentes de otros conceptos y sus relaciones con problemas particulares. Los conceptos siempre se crean con relación a problemas específicos: “Un concepto carece de significado en la medida en que no está conectado con otros conceptos y no está vinculado a un problema que resuelve o ayuda a resolver” (Deleuze y Guattari). La historia de los conceptos incluye, por lo tanto, las variaciones que sufren en su migración de un problema a otro (Patton, 2013:26).

Algunas problemáticas constituyen el “foco” central del concepto, que siempre evidencia determinadas cuestiones y relaciones, dejando otras en segundo plano, reconociendo su presencia aunque dejándolas como fuera de foco. Por ejemplo, mientras “espacio” hace foco en el carácter de coexistencia y “coetaneidad” de los fenómenos (sin, obviamente, reducirse a éste), “territorio” discute la problemática del poder en su relación indisociable con la producción del espacio.

Conceptos geográficos como espacio y territorio revelan un poco ese ir y venir de los problemas a los que se refieren y su diferenciación a lo largo de la historia. Las obras de Casey (1998), por el sesgo filosófico, con relación al espacio (que él generalmente denomina “lugar”, demostrando también aquí que lo más importante no es la palabra que sintetiza o designa un concepto, sino su contenido teórico-filosófico) y de Elden (2013), por el sesgo geográfico, con relación a territorio, constituyen ejemplos de abordajes